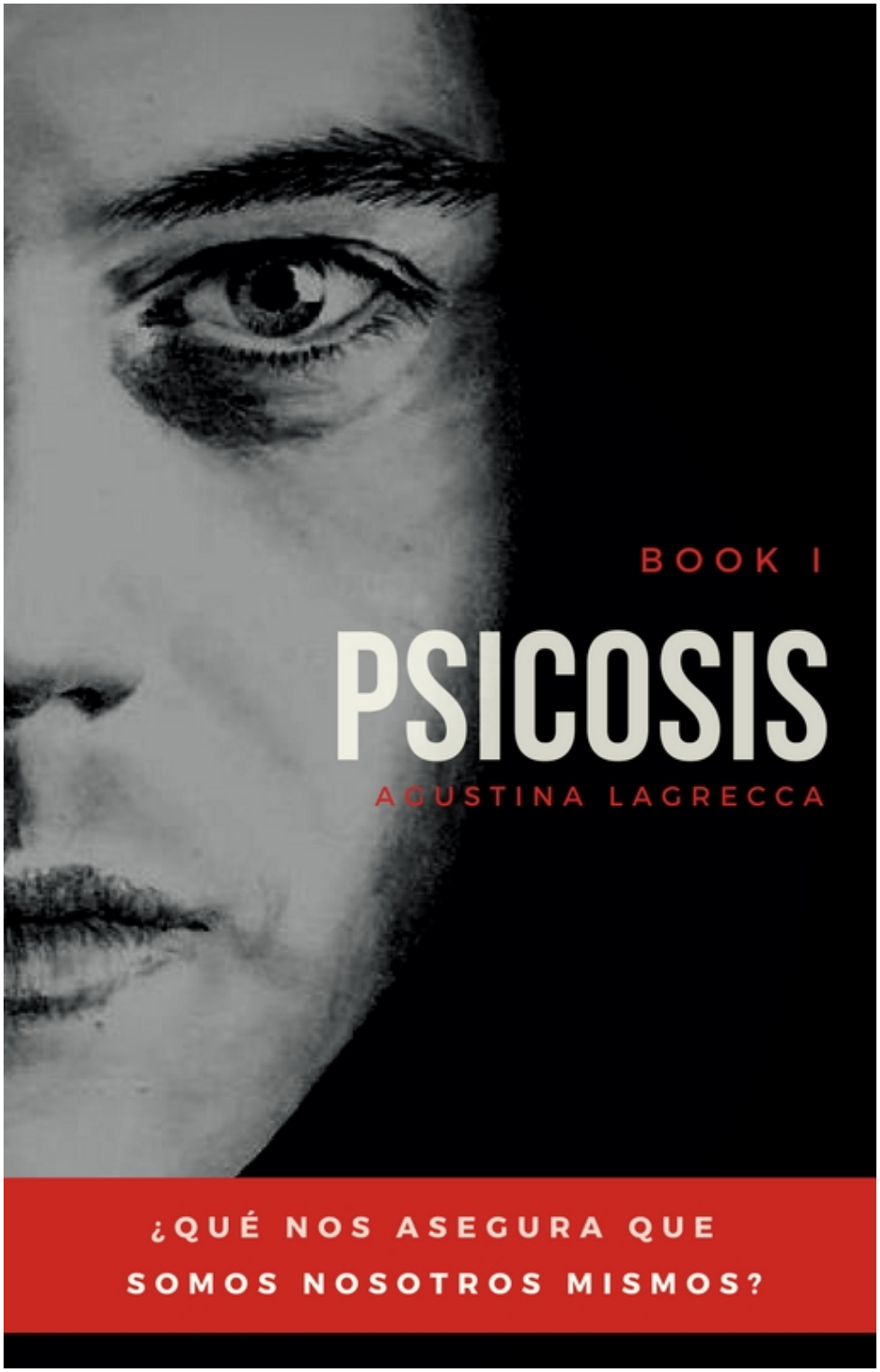
PSICOSIS

agustina cabezuelo



Capítulo 1

Robin despertó a las 6.30am luego de una noche de sueños raros.

No sabía en qué momento se había dormido y mucho menos cuándo se acostó, pero no le dio importancia porque era frecuente que se olvidara de algunos detalles.

A pesar de estar en pleno invierno podía sentir las gotas de sudor correr por su cuello y frente. Los rayos del sol aún no se colaban por la ventana, pero había cierta claridad que lo encegueció cuando abrió los ojos. Se frotó la cara e intentó recordar los rostros de las personas de su sueño; todo estaba muy borroso, pero aun así estaba seguro de que no los conocía.

Se miró en el espejo y clavó los ojos en la cicatriz de su abdomen. Ya habían pasado más de dos meses y la pequeña marca seguía ahí, como una herida reciente.

Acarició el borde con la yema de los dedos; le causaba tanto dolor que se preguntó si debería ir al médico para que le revisara...No, no podía ser tan imprudente. Sabía que le preguntarían que le sucedió y digamos que Robin no era tan bueno mintiendo como para inventarse una historia que no incluyera armas de fuego ni una discusión con alguien peligroso. Él no había hecho nada malo, solo tuvo una riña con la persona inadecuada ¡Ni si quiera fue él el que disparo! Lo que le parecía extraño fue que no se le haya infectado la herida ¿por qué no ir y explicarle al médico la situación? No lo meterían preso ¿o sí?

Agarró el celular y busco en internet cómo llegar al hospital, pero cuando estaba por abrir el link, algo le dijo que no lo hiciera, que era mejor dejar todo en el olvido y que solo era una pequeña herida sin importancia, que si su madre se enteraba iba a estar en problemas.

Lo había cambiado de colegio solo porque descubrió que se había rateado para ir con su novia a la playa ¿qué haría si descubría que le debía dinero a un narcotraficante? Sabía que no debía meterse en líos, pero la tentación siempre fue más fuerte que él. Llevaba vendiendo cocaína más de un año y comprándosela siempre al mismo tipo, pero una noche antes de pagarle se gastó todo el dinero en alcohol por su fiesta de cumpleaños. Su vendedor había sido claro; nadie le debe dinero y vive para contarlo. ¡Dios! Gruñó. Él solito se había metido en la boca del lobo... ¡Y lo peor es que ni siquiera se drogaba! ¿por qué fue tan estúpido como para pensar que podía meterse con alguien tan peligroso y no sufrir las adversidades?

Cerró los ojos y respiro profundamente. Debía calmarse; ahora vivía en el medio de la nada y nadie sabía a dónde se mudó. Ciudad nueva, vida nueva ¿no? Solo restaba actuar con normalidad y fingir que todo estaba bien.

Volvió a tocar su cicatriz y se rió irónico de su propio reflejo; jamás se había descuidado en absolutamente nada, era un tipo que tenía todo controlado y las personas que lo conocían eran conscientes de eso. Ahora más que nunca debía estar alertado y no bajar la guardia; cualquiera podría estar vigilándolo.

***

Los corredores no eran distintos a los de su antiguo colegio, en absoluto, la única diferencia entre ellos era que en uno podía pasear con total seguridad, porque estaba acostumbrado a ello, y en el otro no sabía ni si quiera como pisarlo sin sentir incomodidad ante las miradas curiosas de los demás alumnos.

Paró en seco. No tenía que parecer asustado, sabía que algunos adolescentes podían ser increíblemente crueles cuando notaban que alguien era nuevo. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y adquirió una postura más dominante; sostuvo la cabeza en alto y caminó fingiendo no notar los murmullos que se formaban a sus espaldas cada vez que pasaba cerca de algún grupito cotillero. Siguió con aquel paso hasta que se dio cuenta que no sabía dónde iba, y que si o si tendría que pararse a hablar con alguien que lo ayude a encontrar la secretaria. Maldijo. Los cambios lo frustraban, odiaba ser nuevo, odiaba no conocer a nadie y odiaba —sobre todo — los comienzos. Estaba acostumbrado a mudarse seguido y a cambiar de colegios, pero siempre dentro de la misma ciudad y eso era una ventaja para él, quien conocía a casi todos los jóvenes de su antiguo pueblo.

Esto era el colmo ¿qué se supone que debía hacer? A pesar de que todos lo caracterizaban como una persona segura, siempre le costaba dar el primer paso. Robin no era capaz de acercarse a hablar con alguien sin sentir que lo bombardearían con preguntas.

Pero lo hizo. No sabía por qué estaba tan nervioso ¡él era vendedor de drogas! Según Hollywood, el resto debía de tener miedo de hablar con él y no al revés.

Se acercó a una chica que estaba con la cabeza metida en su casillero y se aclaró la garganta para llamar su atención.

—disculpa... — se adelantó a decir cuando ella se sobresaltó. — ¿podrías decirme donde queda la secretaria?

La muchacha saco la cabeza del pequeño espacio y se puso roja como un tomate cuando lo vio a los ojos. La analizó un poco y supuso que iba a primer año (o segundo, como mucho) Parecía asustada y eso le llamo mucho la atención ¿habrían corrido algún rumor estúpido sobre él? Cuando notó que la chica no le contestaba levantó una ceja y luego repitió su pregunta: — ¿podrías decirme donde queda la secretaría?

Y como si hubiese salido de un trance, la joven se sacudió frenéticamente, bajo la mirada y señaló el pasillo a su derecha. —Sigue ese corredor hasta que te topes con una oficina con pared y puerta de vidrio templado.

Hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y se alejó antes de que la situación se pusiera más incómoda.

Siguió las indicaciones que le habían dado y no tardó nada en toparse con la oficina, era inconfundible y llamativa, supuso que estaba diseñada así apropósito para distinguirse del resto de las aulas. Golpeó la puerta y le abrieron al instante. Lo atendió una mujer de aproximadamente 30 años, uniformada y sutilmente maquillada; la secretaria. Ni si quiera le preguntó su nombre ni qué necesitaba; le dijo que lo había estado esperando.

—Apenas abrí la puerta noté que eras el nuevo. —se sentó en su escritorio y señalo con la mano el asiento frente a su escritorio, indicándole que se sentara. — Me da gusto conocerte Robin, mi nombre es Malda Gourland y estoy a tu disposición para cualquier cosa que necesites.

—El horario escolar — contestó con rapidez. - Necesito el horario escolar.

—Por supuesto. — le sonrió amablemente y luego se disculpó antes de salir de la oficina.

En el tiempo que tardó en volver se puso a leer los títulos sobre la pared y observar las fotografías colgadas de igual forma. No tardó mucho en notar la pequeña cámara de seguridad en una de las esquinas contrarias al pasillo. Se preguntó si estaban ahí por precaución o si había alguien vigilando todo las 24hs del día. No había visto ningún guardia y tampoco letreros que advirtieran sobre las cámaras. Era muy pequeña y estaba camuflada con la pared blanca, probablemente pocas personas sabían de su existencia. La miro fijamente y luego sonrió de costado al tiempo que guiñaba el ojo.

Se acordó de una vez que había pintarrajeado las cámaras en uno de los tantos colegios a los que había asistido. Él y Chad solían pasarse la mitad del año dentro de la oficina del director, suspendidos o limpiando la cafetería. No recordaba mucho de su viejo amigo, solo algunos detalles sin importancia. Se habían dejado de hablar por motivos que ignoraba, pero lo extrañaba. Aunque no tanto, solo una parte de él lo hacía.

La señorita Gourland volvió a la oficina junto con una chica un tanto llamativa; iba totalmente vestida de negro y con los labios rosa chicle. Se acercó a saludarlo y se sentó al lado de él.

—toma —le extendió una copia del horario. — Lana te enseñara las instalaciones, iba a hacerlo yo, pero me acordé que tengo mucho trabajo y no voy a tener tiempo.

Lo guió por los pasillos y le fue señalando y describiendo a algunos chicos. James Carver era el típico chico simpático que tocaba la guitarra, Lola la que estaba detrás de él y Elliot el ex mejor amigo con el que siempre discutía. También había grupos; los rastreros, las hijas de papi, los hetero-problemáticos, el club del orgullo LGBT, las monjas y curas de la secta católica, los políticamente pesados, los solitarios de la escalera... y miles de otros grupos que le daban mucha gracia.

Lana era simpática. Compartían el mismo estilo de humor y parecían darse cuenta de las mismas cosas. (como por ejemplo las miradas del pasillo, la dependencia de los grupos y la ambientación tétrica) se sintió cómodo hablando con ella. Quizás (al principio) sus prejuicios le habían dicho que no era una buena compañía. Pero mientras le enseñaba el edificio fueron hablando de diversos temas con total naturalidad.

Quería considerarla su amiga, pero sabía que era demasiado pronto para eso. Algo dentro suyo volvía a hablarle y esta vez le decía que fuese sutil y se acercara a ella despacio porque si no explotaría. ¿explotar? ¡Que locuras decía! Pero él entendía lo que quiso decir ¿o no?

***

Durante las primeras horas no hizo más que analizar el comportamiento de sus nuevos compañeros.

Todos estaban preocupados por el examen de español que les tomaría la profesora la semana siguiente, iban de un lado a otro sacándose las dudas entre ellos e intentando pronunciar la R correctamente; "atruas" y "couecto" eran las que más gracia le daba.

Quizás no era el mejor bilingüe, pero recordaba muchas cosas de los cursos que había tomado como castigo. Fue durante 4 o 5 años y lo dejó cuando se cambió a la escuela nocturna (su madre creía que si durante la noche asistía al colegio iba a dejar las andanzas) ahí fue donde conoció realmente lo que eran las "malas influenzas": Tobías, Alondra, Paris, África, Gonzalo, Chiche...entre tantos. Tenía buenos recuerdos de ese año, a pesar de sus famas de delincuentes, fueron las mejores personas con quien tuvo el gusto de coincidir. Cada uno le enseño algo nuevo. África fue la que le enseñó a pronunciar la R, Tobías sobre el cuidado de las motos y los motores y Gonzalo un poco de cultura general. Aprendió más cosas con ellos que con cualquier otra carrera, curso o materia del colegio.

Se sintió en la misma situación que todas aquellas veces que tuvo que comenzar su vida. Pero esta vez no tenía conocidos ni referencias que pudiesen ayudarlo a adaptarse. Y por primera vez, en tantos años de mudanzas, sintió miedo de quedarse solo. Pensó en Lana. Algo dentro de él insistía contantemente en pensar en ella. No compartían ninguna clase y eso bastó para desanimarlo. ¿cómo iba a logar acercarse a ella si no tenía muchos momentos para hacerlo? Lo intentaría en las horas del comedor y quizás en las tardes luego de clases. Lo decidió así sin más; ella sería su compañía durante el tiempo que pasase encerrado en aquel lugar.

No estaría mucho tiempo allí, lo más probable es que solo una o dos semanas, porque luego se escaparía... aunque no sabía dónde iría. Quizás a su amiga le gustaría irse con él, no la cabía la menor duda de que nadie era feliz allí. Se notaba hasta en la forma exhaustiva en la que todos respiraban.

Cuando tocó el timbre de salida se dio cuenta de todo lo que había pensado sin siquiera notarlo ¿acaso estaba loco? Primero el miedo de quedarse solo, luego la forma de acoso a su compañera y para rematar también había planeado huir. ¡lo que le faltaba! La paranoia de que el narcotraficante lo buscaba le estaba afectando de forma severa. No solo se sentía desconfiado, si no que quería escapar del único lugar donde jamás lo buscarían.